

mortal y presentándonoslo en el París de los años sesenta, en la figura de un hombre maduro, pero atractivo, del que está enamorada la sueca Sonja. Esta, decepcionada definitivamente por Don Juan, decide suicidarse, hundida en su desesperación y despecho. La idea de suicidio también se insinúa en la decepcionada Ariadna. Y para mayor simetría, tanto Sonja (en el *Don Juan*) como Ariadna (en *La isla de...*) son consoladas por el personaje-narrador (también profesor y entendido en Literatura, en ambos casos), que, en las dos novelas, siente una gran atracción y hasta ternura por cada una de las chicas. Es otro caso evidente de que G. Torrente tiene unas vetas generosas para su creación, en las que «remeje» gustoso para seguir montando nuevas ficciones.

Podíamos continuar analizando estos elementos novelescos que Torrente tan bien sabe dosificar en las distintas obras mencionadas. Pero desisto de ello, en la creencia, y mala conciencia, de haberme ya excedido. Quisiera terminar destacando, una vez más, la sabiduría con que Torrente «remeje» en sus manías y demonios literarios, hasta un punto tal que, echando mano de materiales de siempre, es capaz de crear una novela atractiva y de gran belleza plástica, como *La isla de los jacintos cortados*. — JOSE ANTONIO PONTE FAR (*Instituto Nacional de Bachillerato Concepción Arenal*. FERROL).

## LA POESIA DE JOSE EMILIO PACHECO O LAS PALABRAS QUE DICTA EL TIEMPO <sup>1</sup>

Al poeta no ha de medírsele por el prestigio que la historia literaria haya depositado en los temas de su preferencia; sin embargo, éstos ayudan a concretar su estatura, del mismo modo que la observación de ciertos fenómenos naturales nos permite saber si estamos cerca de alguna corriente de agua o de un mar de sargazo. Así, la poesía del mexicano José Emilio Pacheco—abundante y variada—se circunscribe, casi obsesivamente, a un número escaso de temas, unidos todos ellos, a la manera de las familias numerosas, por sangre, rasgos y costumbres. Temas de larga tradición literario-filosófica, cuyas formulaciones son remodeladas a lo largo del tiempo, pues son de actualidad permanente. El trabajo a este nivel nos acercará, si no a una axiología práctica, a la comprensión del libro que reseñamos y que—parafraseando

<sup>1</sup> JOSÉ EMILIO PACHECO: *Tarde o temprano*, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 332 págs.

al autor—no pretende ser solemne ni definitivo, sino aquel que ha tardado veinte años en escribir<sup>2</sup>.

En ese grupo de temas hay uno fundamental y que, podría decirse, abarca a los demás, los alimenta, los atrae a su vórtice: el tiempo y su transcurrir inexorable.

La retórica tradicional había tenido ocasión de observar—con la misma facilidad con que lo hicimos nosotros en la obra que comentamos—la insistencia de los poetas en torno al tema del tiempo y a su incidencia en la vida y las ideas de los hombres; lo agrupó entre los «tópicos» y lo llamó: «*Tempus fugit irreparabile.*» Ahora bien, a muchos temas da amparo este lema; mucho se esconde bajo su sombra—y en el caso de José Emilio Pacheco aun su misma contemporaneidad—. Trataremos de enunciar—a manera de presentación ejemplificada—la significación, la incidencia y el resultado que adquiere este tema en su obra.

El tema del tiempo es el del ser enfrentado al devenir, y si la solución más alta y perfecta está en el mundo ideológico cristiano y occidental que sirve de soporte y ordena *La Divina Comedia*, la expresión máxima de su conflicto se halla en la modernidad; y allí situamos buena parte de la mejor poesía del inefable Quevedo:

... ..  
*Ayer se fue; mañana no ha llegado;  
hoy se está yendo sin parar un punto:  
soy un fue, y un será, y un es cansado.  
En el hoy y mañana y ayer, junto  
pañales y mortaja, y he quedado  
presente y sucesiones de difunto.*

Nuestra época—y nuestro siglo—desconoce una respuesta de equilibrio y medida, y la pugna en que vive el individuo no se resuelve, sino que, todo lo contrario, genera un desconsuelo que lo lleva hacia una violenta ironía o a un estoicismo exagerado; situaciones ambas que traducen siempre un pesimismo obcecado. Y así sucede con regularidad en la obra de José Emilio Pacheco. Ser y devenir no se conjugan en su lírica ni en su pensamiento; antes bien, colisionan sin encontrar el resultado que los explique satisfactoriamente:

---

<sup>2</sup> Este libro reúne poemas escritos en el período comprendido entre los años 1958 y 1978 y que fueron publicados en siete libros. Estos son: *Los elementos de la noche*, U. N. A. M., México, 1963; *El reposo del fuego*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966; *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, Joaquín Mortiz, México, 1969; *Irás y no volverás*, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1973; *Islas a la deriva*, Siglo XXI Editores, México, 1976; *Desde entonces*, Biblioteca Era, 1980. Además *Tarde o temprano* incluye poemas inéditos y muchas variaciones en los ya publicados. Al bibliófilo y al estudioso puede interesarles saber que existen editadas una compilación (*Ayer es nunca jamás*, Monte Avila Editores, Caracas, 1978) y una antología (*Breve antología*, U. N. A. M.).

*Mala vasija es el cuerpo. Recipiente  
incapaz de rebelarse. Y deterioro.  
¿Sólo perder ganamos existiendo?  
¿Con qué ojos recobrarla, si la órbita  
en que la luz brilló sólo es la casa  
de las bormigas, su castillo impune?  
¿Cómo acercarme así, ya por los siglos  
de los siglos sin pausa ni sosiego,  
si no puede volver, si ya la tierra  
se aposenta en la boca y enmudece  
con su eco atroz la oscura letanía?*

*Si una rama se mueve, si en la hierba  
una brizna se rompe, en los dominios  
despoblados y abyectos de la muerte,  
¿qué rapiña a la vida está cercando,  
con qué cara morir, cuál sacrificio  
reclama la ceniza, y al salvarnos  
qué humillaciones, muerte, has aplazado? (págs. 40-41).*

El devenir actúa en el ser y lo cerca con su terca ley de tal forma que no hay para el poeta otra alternativa que la del pesimismo último. Es que para ello incide (¿causalmente?) la terrible agresión de un mundo cuya dimensión realista está arrasada, literalmente, por un apocalipsis absurdo. Pesimismo significa ausencia, inexistencia de explicaciones sólidas y consistentes para una vida contradictoria e injusta. El poeta se apropia de los versos de Tao Ch'ien en un epígrafe que corrobora parte de lo que venimos diciendo:

*La vida no se puede discutir.  
Es difícil y absurdo defenderla (pág. 122).*

El agnosticismo podría ser un camino factible al encerrar en sí mismo una respuesta no formulada, una respuesta cuya formulación no se encuentra, pero de existencia posible y que pueda hallar algún día su guarismo. No obstante, la violencia de las arbitrariedades es tan marcada y ubicua que no admite para el poeta dilaciones. El pesimismo, entonces, lo contagia todo; en todo encuentra argumentación para sustentarse y convertirse en el arma única—aunque ineficaz en última instancia—que previene y defiende contra ese brutal absurdo que socava la existencia. De esta manera no es de extrañar que el tono resultante de su poesía sea tan negativo y se adscriba al territorio de la ironía, la mordacidad, la paradoja, el laconismo o la simple aspereza del decir que puede asemejarse mucho a la crueldad. Luego de mostrar una matanza colectiva cierra Pacheco el poema «Las voces de Tlatelolco» de la forma siguiente:

*Dijo entonces José Alvarado:  
había belleza y luz en las almas  
de los muchachos muertos.  
Querían hacer de México morada  
de justicia y verdad:  
la libertad, el pan y el alfabeto  
para los oprimidos y olvidados.  
Un país libre  
de la miseria y el engaño.*

*Y ahora son fisiologías interrumpidas  
dentro de pieles ultrajadas.*

*Algún día  
habrá alguna lámpara votiva  
en memoria de todos ellos.*

*Brotarán flores  
entre las ruinas y entre los sepulcros (pág. 70).*

Allí están la denuncia amarga y la ironía feroz: incisiva queja sin un ápice de sentimentalismo; duro golpe contra las fuerzas oscuras que mantienen situaciones humanamente insostenibles:

*Comenzaron las descargas aún más intensas,  
sesenta y dos minutos duró el fuego.  
—¿Quién, quién ordenó todo esto? (pág. 67).*

Situaciones de hecho—casadas muchas veces, paradójicamente, con el derecho—que riñen con los principios elementales de un cristianismo más antiguo que practicado.

*Vestidos de civil, los elementos  
del batallón Olimpia  
—mano cubierta por un guante blanco—  
iniciaron el fuego (pág. 67).*

Hay unas manos que ejecutan la acción y hay otras que permanecen en la sombra. Con inhumano instinto de conservación el sistema ahoga, asfixia y asesina sólo para mantenerse—y es en el que todos vivimos y del que somos igualmente culpables—. La responsabilidad es colectiva y nace de una idiosincracia que minimiza todo aquello que ocurra del otro lado del río, más allá del lindero, y que permite confundir la muerte abundante de una serial televisiva con la del noticiero y el periódico.

*Lejos de Tlatelolco todo era  
de una tranquilidad horrible, insultante (pág. 70).*

Sin embargo, y en medio de ese problema ético y moral—increíblemente—, la vida se realiza y concreta como un conjunto de fuerzas que se equilibran en el mismo trance de la acción. En el largo y excelente poema «El reposo del fuego»—del que ya hemos citado dos estrofas—leemos:

*Y aquí te expandes,  
vida mortal, color de sangre, vino  
de la humana ternura transitivo.  
Contempla tu dominio: éste es tu reino,  
una triste ciudad de agua y aceite  
que sin unirse flotan. Su equilibrio  
es su feroz tensión. Y su combate  
ha engendrado una paz que es tregua abierta (pág. 41).*

Terrible caracterización aquella de la paz que no encuentra otro elemento para definirla que la guerra y sostiene que la paz es el período existente entre dos guerras. En esa «tregua abierta» debe realizarse —y como pueda—la «humana ternura»:

*Un mundo se deshace  
Nace un mundo  
Las tinieblas nos cercan  
Pero la luz llamea  
Todo se quiebra y bunde  
Y todo brilla  
Ya todo se perdió  
Todo se gana  
No hay esperanza  
Hay vida y  
Todo es nuestro (pág. 71).*

¿No habrá otra posibilidad de vida—nos preguntamos—que la que nos ofrece esa «triste ciudad de agua y aceite»?

Y en esta visión amarga del mundo, ¿no hay oportunidad para la esperanza? Es que mientras «hay vida», hay esperanza; por eso, y a pesar de todo, «todo es nuestro». La esperanza existe, claro que sí, aunque muy pocas veces se encuentre explícitamente expresada, como sucede en «Jardín de niños»:

*El tiempo  
no pasó en vano:  
se perfecciona el exterminio.  
Aunque todo esto  
no servirá de mucho.  
Ante el valor humano, frente a la decisión  
de alcanzar un futuro (pág. 244).*

Sucede que la esperanza—aun en casos extremos, como el conocido de Samuel Beckett—se genera como espontánea contrapartida de la crítica; su existencia se convierte en condición *sine qua non* de la denuncia, la rebeldía y la amargura exteriorizadas. Tal es así que incluso podría sostenerse—sin caer en la demagogia—que allí donde hay denuncia no ha muerto todavía la esperanza. Este sufrimiento humano se genera frente a situaciones de injusticia y desequilibrio, formas de vida incompleta que conllevan en sus rasgos sus carencias: como en los volúmenes de Henry Moore, los vacíos tienen una presencia tan evidente como las superficies materializadas:

*¿A nombre de qué puedo condenar a muerte  
a otros por lo que son o piensan?  
Pero ¿cómo dejar impunes  
la tortura o el genocidio o el matar de hambre?*

*No quiero nada para mí:  
sólo anheló  
lo posible imposible:  
un mundo sin víctimas.*

*Cómo lograrlo no está en mi poder;  
escapa a mi pequeñez, a mi pobre intento  
de vaciar el mar de sangre que es nuestro siglo  
con el cuenco trémulo de la mano.  
Mientras escribo llega el crepúsculo.  
Cerca de mí los gritos que no han cesado  
no me dejan cerrar los ojos (pág. 213).*

Esta es la realidad condensada y furiosa y cuya perentoriedad se respira en la calle y en la habitación más recóndita; realidad totalizadora que proyecta sus leyes y su filosofía en la historia, es decir, que ésta es mirada a la luz de un revisionismo que intenta—por enésima vez—actualizarla y esclarecerla. José Emilio Pacheco observa y siente su historia personal dentro de los parámetros del México de nuestros días y del siglo xx más actual; pero como buen americano e hijo de una nación que tiene muy cerca los indicios de una civilización precolumbina—cuyos conflictos mantienen, aún hoy, una vigencia urgente—manifiesta su preocupación por ese «enredo / llamado México / y la pugna / de indigenismo e hispanismo». Y como es de esperar este tema no escapa a la urdimbre de tópicos que hemos visto y son tan habituales en su poesía. A veces, la realidad histórica es empobrecida y esquematizada por el logro de una llamada más evidente y una legítima y cáustica denuncia:

*Después de mucho navegar  
por el oscuro océano amenazante, encontramos  
tierras bullentes en metales, ciudades  
que la imaginación nunca ha descrito, riquezas,  
hombres sin arcabuces ni caballos.  
Con objeto de propagar la fe  
y arrancarlos de su inhumana vida salvaje,  
arrasamos los templos, dimos muerte  
a cuanto natural se nos opuso.  
Para evitarles tentaciones  
confiscamos su oro.  
Para hacerlos humildes  
les marcamos a fuego y aberrojamlos.  
Dios bendiga esta empresa  
hecha en su nombre (pág. 77).*

El tema de la historia se diluye, comúnmente, a manera de hechos y circunstancias que ya existieron y que seguirán existiendo. La visión es típicamente moralista y aleccionadora: el hecho interesa por la que es en su singularidad; pero, paradójicamente, encuentra su magnitud definitiva en su natural y meditada expansión, pues es en última instancia un acontecimiento general y humano. En el poema «Fray Antonio de Guevara reflexiona mientras espera a Carlos V» podemos leer:

*Vamos de guerra en guerra. Todo el oro de Indias se consume en hacer  
daño. La espada incendia el Nuevo Mundo. La cruz sólo es pretexto  
para la codicia. La fe un ardid torpe para sembrar la infamia.  
... ..  
En su embriaguez de adulación no piensa que todo el imperio es como  
un cáncer y ningún reino alcanzará la dicha basado en la miseria  
de los pueblos.  
... ..  
No, no nací con vocación de héroe. No ambiciono sino la paz de todos  
(que es la mía), sino la libertad que me haga libre cuando no quede  
un solo esclavo.  
No esta corte, no este imperio de sangre y fuego, no este rumor de usura  
y soldadesca (págs. 120-121).*

Lo mismo ocurre cuando el poeta se enfrenta a un paisaje que puede ser ubicable y conocido: Ciudad de México, Buenos Aires, Montevideo, Londres, Vancouver, etc. Pero en estos casos el poema se refleja en un espejo que es reflejo de otro: la ciudad es vista por un hombre que la observa a través de los hombres. El poema «La lluvia en Copacabana» tiene tres versos:

*Como cae la lluvia sobre el mar  
al ritmo en que sin pausa se desploma,  
así vamos fluyendo hacia la muerte (pág. 135).*

Otro tanto podríamos decir en cuanto a los animales, que han inspirado al artista en reiteradas ocasiones. En el libro *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, una de sus partes tiene como título «Los animales saben»; en *Islas a la deriva*, otra lleva el nombre «Especies en peligro (Y otras víctimas)». Luego, y a lo largo de sus libros, hay poemas en donde los animales nos hacen pensar en los seres humanos. Refiriéndose a la babosa, escribe:

*En su moroso edén de baba*  
*proclama*  
*que andar por este mundo*  
*significa*  
*ir dejando*  
*pedazos de uno mismo*  
*en el viaje.*  
*La babosa se gasta dando vueltas*  
*a su espiral.*  
*Lleva a cuestras*  
*su paranoia.*  
*Aplastante*  
*condición de su ser.*  
*Nadie quiere*  
*a esta plaga insulsa*  
*que a ras de tierra*  
*o en paredes*  
*lamenta*  
*una vida que no pidió.*  
*Pobrecita.*  
*Es tan supersticiosa.*  
*Teme*  
*(justificadamente)*  
*que alguien*  
*venga y le eche la sal (págs. 121-122).*

Es obvio—aunque no sea éste el lugar más apropiado para analizarlo—que detrás de la babosa y su fisiología hay mucho más que eso, y esto mismo sucede a lo largo y a lo ancho de la poesía de José Emilio Pacheco.

Y como poeta que tiene los ojos abiertos a un siglo xx bien adelantado, le tocan muy de cerca otros temas—que se relacionan en forma múltiple con los que hemos venido tratando—, entre los cuales merecen destacarse la contaminación, el poeta, la poesía, el amor, la mismidad. Intentaremos tratarlos sumariamente.

El tema de la contaminación se encuentra entramado inevitablemente con la vida y con el consumo. Quien vive y respira el aire de las grandes urbes difícilmente podrá mantenerse ajeno a estas habitua-



les y urgentes problemáticas. «Contaminaciones» lleva por título este poema que transcribimos entero:

*El smog el tabaco el hexaclorofeno  
el agua emponzoñada que se va corroyendo  
son la vida que pasa en forma de veneno  
Y siempre te recuerda*

vivir es ir muriendo (págs. 137-138).

La contaminación es asociada aquí—como sucede comúnmente en su poesía—con la angustia existencial: obsesiva presencia del tiempo en nuestra vida, cuyas horas se cuentan ahora a través del incremento del crecimiento de latas y plásticos en los baldíos. Doble sufrimiento para una misma herida: fugacidad, por una parte, e injusticias, frustraciones y deterioro, por la otra.

Ahora bien, cuando la mirada es dirigida—en este mundo transitorio y conflictivo—hacia la realidad misma del individuo y su personalidad, puede multiplicarse como si se reflejara en un espejo roto. El poema que transcribimos está titulado «José Luis Cuevas hace un autorretrato»:

*Aquí me miro ajeno.  
Me desdoble  
para mirarme como miro a otro.  
Lentamente mis ojos desde dentro  
miran con otros ojos la mirada  
que se traduce en líneas y en espacios.  
Mi desolado tema es ver qué hace la vida  
con la materia humana  
... ..  
Si mi cara es ajena,  
¿son los otros  
mi verdadero rostro?  
... ..  
(No me estoy pintando:  
con mis manos me pinta la pintura.)  
En este instante  
yo soy la humanidad  
y por mí pasa  
toda su historia ciega  
a contemplarme.  
Describir su paisaje  
no es tan sólo  
detener el momento sin retorno,  
pues cuando avanzo del pasado vuelvo  
de un porvenir sin rostro  
que hoy asume  
el fluir de los rasgos de mi cara (págs. 119-120).*

Así se cumple la paradoja de que el universo está en el individuo y el individuo está en el universo. El ser humano será entonces un nudo de relatividades. Esta idea podría hallar su complemento en el poema, homenaje a Juan Carlos Onetti, «Santa María», en donde se expresa:

*Porque ya de algún modo estuve aquí  
(donde no he estado nunca).  
Porque he perdido esta ciudad entrañable  
que ahora recobro misteriosamente.  
¿Y quién podrá decirme la verdad en este cauteloso fin del mundo?  
¿Estoy vivo en mi vida, pero me adentro en una fantasmagoría?  
O todo a fuerza de ser real,  
¿me está volviendo un azorado fantasma? (pág. 177).*

Una nueva significación adquiere el tema al ser enlazado con la filosofía de Heráclito:

*Soy y no soy aquel que te ha esperado  
en el parque desierto una mañana  
junto al río irrepetible en donde entraba  
(y no lo hará jamás, nunca dos veces)  
la luz de octubre rota en la espesura (págs. 43-44).*

Poeta y poesía se adscriben, como no podía ser de otra manera, dentro de la temática perfilada. El tramado de sus obsesiones se complica, amplía y profundiza. El poeta será también tema de su poesía. Allí aparece como hombre, como un ser temporal, y por el que pasa —como por cualquiera o más— la angustia de saberlo y de sentirlo; en cambio, al tratar el tema de la poesía, el pesimismo parece atacar con mayor dureza. La poesía había sido—hasta bien entrado el siglo presente— fuente de salud mental y excepción constante en medio de lo caduco y perecedero. En Shakespeare, para recordar un ejemplo célebre, la suma belleza del ser amado salvaba en ella su transitoriedad<sup>3</sup>.

Es claro que para el clásico inglés la poesía pervive. Pero no sucede así en este caso. La poesía ha pasado a ser en nuestro tiempo, como el individuo que la escribe, pasible de corrupción y exterminio:

*Mis poemas no conquistarán un público.  
Mis libros congestionan las bodegas.  
Nada se puede contra el Kamasutra.  
Ni Derrota Mundial  
ni el Reader's Digest (pág. 145).*

<sup>3</sup> Así podemos observarlo en el pareado final de uno de sus más conocidos sonetos: «¿Te compararé a un día de verano?» («Shall I compare thee to a summer's day?»). Allí muestra cómo la poesía logrará la inmortalidad del ser amado «mientras los hombres puedan respirar o los ojos ver, / mientras vivan éstos, y éstos te den vida» («so long as men can breathe or eyes can see, / so long lives this, and this gives life to thee»).

Ya señalaba José Emilio Pacheco en una nota a la presente edición: «Ignoro si este libro llega tarde o temprano. Sé que tarde o temprano no quedará de él ni una línea. Mientras tanto, tarde o temprano tenía que enfrentarme a lo que escribí antes de los cuarenta años.» Rezuman sus palabras ese pesimismo que le es tan particular y que convierte a la suya en una poesía desacralizada, que se sabe a sí misma, como cualquier otra obra de los hombres, embarcada en su misma dimensión y sin poder escapar a su poder: «Así pues, *Tarde o temprano* no es una antología ni una recopilación de 'poemas completos'. En los momentos de mayor optimismo pienso que la primera sería un pliego de cuatro o cinco textos escritos a lo largo de una vida.»

*Acaso nuestros versos duren tanto  
como un modelo Ford 69  
—y muchísimo menos que un Volkswagen (pág. 90).*

Y en última instancia:

*La poesía es la sombra de la memoria,  
pero será materia del olvido.  
No la estela erigida en plena selva  
para durar entre sus corrupciones,  
sino la hierba que estremece el prado  
por un instante  
y luego es brizna, polvo,  
menos que nada ante el eterno viento (pág. 149).*

No queremos pasar por alto las prosas que componen parte del libro *Desde entonces*, donde el poeta pasa revista a circunstancias, a veces mínimas, del vivir cotidiano. Son en muchas ocasiones hallazgos de fina sensibilidad y aguda inteligencia que nos llevan a pensar que el micro y macrocosmos pueden ser dos aspectos de la misma cosa. Un ejemplo:

Lo compré hace más de quince años. Pospuse la lectura para un momento que no llegó jamás. Moriré sin haberlo leído. Y en sus páginas estaban el secreto y la clave (pág. 220).

Otro:

...Eramos demasiado niños para tener acceso a un hotel y demasiado pobres para disfrutar de habitaciones al fondo del jardín, o coches que pusieran a nuestro alcance carreteras y bosques. Nos tocaron los tiempos de las últimas filas en los cines, el zaguán en tinieblas, los besos en los parques. Siempre el temor, pero no (extrañamente) la noción del pecado (página 218).

## O para terminar:

Hasta hace poco me despertaba un rumor de pájaros. Hoy he descubierto que ya no están. Han acabado estas señales de vida. Sin ellos todo parece más lúgubre. Me pregunto si los ha matado el estruendo, la contaminación o el hambre de los habitantes. O tal vez los pájaros comprendieron que la ciudad de México se muere y levantaron el vuelo antes de nuestra ruina final (pág. 219).

Refiriéndose a la parte final del libro, que llama «Aproximaciones»<sup>4</sup>, aclara el autor en nota a la edición: «No tengo nada contra los traductores académicos, pero mi intención es muy distinta: producir textos que puedan ser leídos y juzgados como poemas en castellano, reflejos y aun comentarios en torno de sus intactos, inmejorables originales... De alguna manera no son, como podría creerse, 'traducción de traducciones', sino poemas escritos a partir de otros poemas. Considero estos trabajos una obra colectiva que debiera ser anónima y me parece abusivo firmarla. No obstante, quien desee cotejarme con las otras interpretaciones verá que tampoco puede hablarse de plagio.»

Si las palabras del poeta no fueran lo suficientemente claras podríamos citar los versos del poema «D. H. Lawrence y los poetas muertos»:

*No desconfiemos de los muertos  
que prosiguen viviendo en nuestra sangre.  
No somos mejores ni distintos.  
Tan sólo nombres y escenarios cambian.  
Y cada vez que inicias un poema  
convocas a los muertos.  
Ellos te miran escribir,  
te ayudan (pág. 143).*

Y tal vez la mejor prueba de ello—y la más exagerada—la constituyan esas «aproximaciones» que abarcan desde Anacreonte hasta Omar Jayán y de John Donne a William Carlos Williams y Eugenio Montale.

Aunque emparentado explícitamente con una larga tradición, esencialmente occidental, José Emilio Pacheco es, en definitiva, un poeta comprometido con su tiempo—que es nuestro tiempo—y su crisis, y que intenta comprender y responder a sus urgencias.

---

<sup>4</sup> Las aproximaciones no forman parte de ningún libro en especial y forman parte de todos: por sus rasgos comunes el autor ha creído conveniente desprenderlas de su contexto anterior para aproximarlas en el espacio.

*Que otros hagan aún  
el gran poema,  
los libros unitarios,  
las rotundas  
obras que sean espejo  
de armonía.  
A mí sólo me importa  
el testimonio  
del momento que pasa,  
las palabras  
que dicta en su fluir  
el tiempo en vuelo.  
La poesía que busco  
es como un diario  
en donde no hay proyecto  
ni medida (pág. 144).*

J. M. GARCIA REY (*Plaza Luca de Tena, 2, 1.º, D. MADRID-7*)

MIRELLA D'AMBROSIO SERVODIDIO: *The quest for harmony: the dialectics of communication in the poetry of Eugenio Florit.* Society of Spanish and Spanish-American Studies, USA, 1979.

La obra poética de Eugenio Florit se ha desarrollado a lo largo de más de cincuenta años, moviéndose entre las principales corrientes de la poesía hispánica. No obstante, como dice la autora, «ha tocado su propio tambor», logrando un proceso de experimentación y crecimiento unitario, en el que la sucesión de modos (postmodernismo, vanguardismo, neogongorismo) alterna con la simultaneidad de procedimientos (poesía pura, surrealismo, poesía tradicional), culminando con la adopción de una voz confesional que marca la llegada del poeta a un estado final.

Por debajo de una primera apariencia proteica de temas y formas, se descubre el concepto seminal de la dualidad frente a la diversidad, la oposición dialéctica entre clasicismo y romanticismo, entre formalismo y expresionismo, entre el artificio y la pasión.

Tensión constante de la poesía española—como ha puesto de relieve Dámaso Alonso—que no es sino la expresión de la polaridad intrínseca de la existencia humana. La tarea del poeta, que se ve a sí mismo desgarrado por las más crueles contradicciones, será la de mediación e integración de los diversos modos de tensión dialéctica, sin sacrificar ninguna de las determinaciones y distinciones que alimentan y articulan su